Bárbaros, Idiotas, Profanadores y Endeudados Rebeldes

Miguel Kottow[1]

I.

El título debiera incluir a los herejes (*airetikós* =el que actúa contra lo establecido) o, en latín precristiano, *Haereticus* (= el que elige libremente), mas la logofagia religiosa se apropió del término para marcar al que niega los dogmas, al libre pensador, al ateo. Hoy no existe esa herejía: no hay dogmas que negar, la libre elección es una utopía y salirse de las normas tiene costos literalmente prohibitivos, tanto morales como legales. Difícil pero posible es cambiarse de escenario normativo, pero quedar sin, estar en anomía, es enfermedad psicosocial, es quedar en el desierto sin megáfono.

El bárbaro es siempre el otro, el afuerino, excluido por "nosotros" a un "ellos" de menor valía. El bárbaro es nuestro enemigo, la pandemia ha barbarizado al próximo, al prójimo que esquivamos en la calle, y no dejamos entrar a nuestro hogar. El mercado-feria como centro social desaparece, el pregonero silenciado por el raudo motorista *delivery.* El bárbaro nos inquieta, es imprevisible por sus códigos desconocidos y la indiferencia a los nuestros.

Asunto tratado por el cine, la literatura, materia de reflexión para pensadores como William James, Walter Benjamin, Mauricio Lazzarato, que entienden al bárbaro como enfrentando el mundo donde la tónica dominante es la incertidumbre, la resistencia al cambio por los privilegiados del *status quo* que anhela y se afana en "volver a la normalidad". El bárbaro está siempre en la encrucijada, así Benjamin, mirando opciones, alternativas, posibilidades, por un instante creyendo la pseudo-promesa neoliberal de la igualdad universal de oportunidades, cuando el miedo, la desconfianza, la autonomía enmohecida por falta de ejercicio, el fracaso y la desesperanza paralizan toda posibilidad de obrar, de crear, de caminar haciendo camino, de hacer otra cosa que producir, consumir o ayunar, aferrarse hasta la extenuación al disminuido *bíos* –forma de vivir propia del ser humano– antes de caer en el modo *zoe* –tener mera vida– degradado a *homo sacer.*

En un mundo institucionalizado, mercantilizado, digitalmente controlado, el bárbaro no encuentra punto de apoyo ni poro abierto para cuestionar y crear, las puertas cerradas por los cancerberos de la normalidad indiferente a su toxicidad social y ambiental, insensible a ponderación ética alguna.

Hay que abrir las puertas al bárbaro, y para eso necesitamos a los idiotas.

La figura del idiota es generosamente iluminada por la psiquiatría, la literatura y la filosofía, donde especial dedicación ha recibido por Gilles Deleuze, notablemente en su "Qué es la filosofía?" escrito con Felix Guattari. En esta obra, una cita de Nietzsche es la introducción perfecta al tema: "Los filósofos ya no deben darse por satisfechos con aceptar los conceptos que se les dan para limitarse a limpiarlos y a darles lustre, sino que tienen que empezar por fabricarlos, crearlos, plantearlos y convencer a los hombres de que recurran a ellos". La filosofía, amante del saber, busca el conocimiento para resolver problemas perennes, aporéticos por carecer de salida, antinómicos por albergar propuestas válidas pero contradictorias. Los filósofos "aceptan los conceptos dados" y cogitan sin resolver problema alguno –¿existe una trascendencia más allá de la inmanencia?–, por cuanto no consideran que falsas son las preguntas y no los problemas, ancladas en un lenguaje conceptual manido y hollado. La filosofía se burocratiza, se acomoda en un mundo que quiere navegar sin oleajes, silenciar cantos que tienen visiones de la "batea que se menea", y que solo en forma esotérica y silenciosa osa una fugaz mirada desde el exterior al sistema.

Pero el idiota vive fuera del sistema, es un alienado –alejado, extraño y, por ende, loco; demente [exiliado de su propia mente] –, que mira con indiferencia los grandes consensos, crea sus propios conceptos, así como su propio espacio y tiempo. El pensador argentino A. Cherniavsky anota: "Alejados, distanciados, desplazados en el espacio, los idiotas también parecen estarlo en el tiempo". El idiota es ex–céntrico.

1 Editor Cuadernos Médico Sociales

Si la función del filósofo es crear conceptos en vez de rumiar lo dado, el idiota es el filósofo que no le interesa lo existente, prefiriendo crear conceptos. "El idiota", escribe Han, "como hereje es una figura de la resistencia contra la violencia del consenso…El idiotismo construye *espacios libres de silencio, quietud y soledad* en los que es posible decir algo que realmente merezca ser dicho". El idiota crea conceptos pero no los comunica, por lo que falta el traductor inteligente de conceptos recreados y reactivados: el profanador.

Giorgio Agamben dedica un breve ensayo al "Elogio de la profanación", rescatando un concepto de los juristas romanos: "Profano -escribe el gran jurista Trebacio– se dice en sentido propio de aquello que, habiendo sido sagrado o religioso, es restituido al uso y a la propiedad de los hombres". El pensador brasileño José Roque Junges lleva el tema a la bioética, solicitando la profanación de sagrados seculares tales como "vida, salud y cuerpo".

II.

Esta recopilación de pensamientos en torno a bárbaros, idiotas y profanadores, se gatilló al leer "La fábrica del hombre endeudado" (Mauricio Lazzarato, 2011), que leí (leímos como dicen los pensadores de meñique erguido) con la idea de reseñarlo, idea abandonada porque la reseña de un texto ambicioso es tan traidora como una traducción, un haraposo palimpsesto planchado sobre el original.

El ciudadano contemporáneo vive una triple desposesión: de poder político, de acceso a los bienes producidos por todos pero acumulados en escasas manos, y que usurpan toda perspectiva futura. El capitalismo productivo y financiero ha instalado la mutua potenciación entre producción y consumo, desplegando la *economía de la deuda*. Para un consumo robusto las personas requieren más dinero del que disponen, carencia de fácil solución con los "créditos de consumo", las "tarjetas de crédito", los pagos en cuotas, las opciones de repactar deudas, en fin, el establecimiento del consumidor-deudor, lo cual funciona de maravillas en tanto el Estado benefactor cubre necesidades básicas de seguridad, subsidios, pensiones.

Mas el Estado benefactor queda excedido en su capacidad de mimar al ciudadano, se degrada a un Estado social insolvente cargando una deuda que es mitigada con préstamos de los bancos internacionales, condicionados al ejercicio austero de prestaciones sociales entregadas al mercado libre administrado por instituciones privadas. Estos rescates de economías nacionales fomenta dos frentes de endeudamiento: el Estado endeudado con los préstamos-rescate concedidos, el ciudadano que pierde los servicios sociales del Estado y debe endeudarse para gestionar su pensión, seguro médico, fondos de compensación por desempleo, sin dejar de mover la economía manteniendo el consumo a crédito con ingresos estancados y precarizados.

Ciertamente, solo puede incurrir en deudas el ciudadano meritorio, el que da garantías de cumplimiento, el que autogestiona su salud para no caer en improductividad, el que da muestra de una moralidad que desdeña los excesos, mantiene sus finanzas personales en orden respetando promesas, plazos y pagos puntuales aunque para ello deberá incurrir en nuevas deudas.

El pequeño pero potente mundo de los acreedores cuenta con el buen comportamiento ciudadano, pero se asegura de elaborar instrumentos legales que garanticen puntualidad de pago y sanciones para el incumplidor. Se construyen mecanismos de control y vigilancia que, lubricados por la digitalización, llevan al capitalismo de vigilancia (Shoshana Zuboff), enfocado sobre el ciudadano convertido en *homo debitor* subjetivamente sumergido en responsabilidad, culpa, hipocresía y desconfianza, como lo anticiparan Marx y Nietzsche. En verdad, el ser humano endeudado no solo hipoteca su trabajo, sino toda su existencia cuyas opciones y oportunidades quedan limitadas por la necesidad moral y legal de pagar deudas tratando de evitar caer de la bicicleta de pagar una deuda generando otra.

¿Qué hacer? Lazzarato termina su texto proclamando: "Hay que liberarse de toda culpa, todo deber, toda mala conciencia, y no devolver ni siquiera un centavo; hay que luchar por la anulación de la deuda, que no es –recordémoslo– un problema económico, sino un dispositivo de poder que no sólo nos empobrece, sino que nos lleva a la catástrofe".

Los fuegos se apagan, las flores se marchitan, los globos se desinflan. Alguien recuerda una cita de Gramsci: "El viejo mundo se muere, el nuevo mundo tarda en aparecer, y en ese claroscuro surgen los monstruos".

No sabemos revivir el mundo agónico ni predecir el nuevo. Al menos escuchemos a los idiotas, bárbaros, profanadores y deudores rebeldes, para repeler a los monstruos que blanden lumas políticas autoritarias, dictatoriales o bufonadas populistas, ávidos de instalarse en el poder mientras se naturalizan los estados de excepción (Agamben).